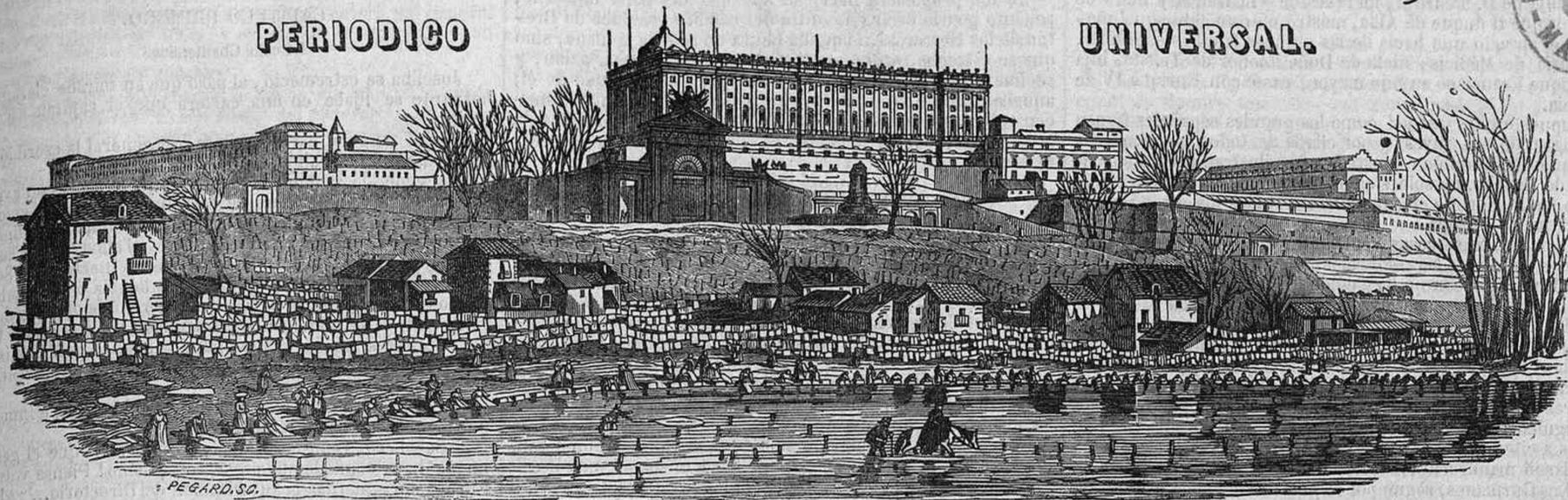


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 207.—SÁBADO 12 DE FEBRERO DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 60.

## LA ESCMA. SRA. DOÑA EUGENIA DE GUZMAN,

Condesa de Teba, Marquesa de Moya, etc.

No pretendemos escribir una biografía, ni repetir la historia de un suceso que acaba de fijar la atención de toda Europa, que ha sido objeto de todas las conversaciones, que ha dado margen á tantos comentarios, que ha ocupado tanto á la prensa. Apenas es posible decir una palabra sobre el casamiento de Luis Napoleon, hoy emperador de los franceses, con la condesa de Teba, que no esté dicha anteriormente, que pueda excitar algún interés en el lector, fatigado ya con tantas y tan prolijas noticias de los preparativos de este enlace, de la impresión que ha producido en el mundo político, y de las ceremonias con que se ha solemnizado. Todos estos detalles los hemos recogido cuidadosamente en una de nuestras publicaciones, que tiene por objeto dar cuenta todos los días de cuantos acontecimientos excitan la curiosidad del momento. LA ILUSTRACION se ha limitado á consignar modestamente en la *Crónica del mes de enero*, la elección que el emperador de los franceses ha hecho de la persona que ha de compartir con él el trono á que se ha elevado; al llenar hoy su deber de periódico de actualidad, presentando el retrato de la bella emperatriz, solo se propone dar algunas esplicaciones acerca de él, y consignar tal cual dato curioso, que viene en apoyo de la elección que ha hecho Napoleon III, y que no por haberse escapado hasta ahora de la publicidad, será tal vez inoportuno.

Muchas diligencias nos ha costado proporcionarnos un buen apunte, del cual pudiéramos aprovecharnos para presentar á nuestros lectores un grabado que diera á conocer á la señora condesa de Teba; al fin nos hemos fijado en uno, preferible á todos por la verdad con que espresa la hermosura de la joven emperatriz, por el carácter nacional que le distingue y le coloca fuera del círculo de los retratos comunes, por la bella originalidad de este dibujo, tomado del natural en ocasión que la condesa de Teba vestía este gentil traje meridional y montaba un soberbio alazan español dirigiéndose á una célebre feria de Andalucía.

La sociedad madrileña relacionada con la condesa de Teba, una de las damas mas notables de nuestra aristocracia por su belleza y por su elegancia, la reconocerá al primer golpe de vista en la lámina que ofrecemos, á pesar del caprichoso traje con que aparece; las personas que desean un retrato de nuestra ilustre compatriota, le tienen exacto como es posible exigirle, dadas las condiciones artísticas de un grabado en madera, pero mas auténtico y mas apreciable sin duda alguna, que los que han estampado las *Ilustraciones* inglesa y francesa.

Nada mas gracioso en verdad, nada mas esbelto que esa bella figura que tan cabal idea da hasta del aire del personaje retratado, que reúne á los encantos que la presta un traje andaluz, cierta majestad imposible de explicar.

Apenas se concibe un retrato de princesa, reina ó emperatriz, sin una corona en la cabeza y una banda sobre un vestido de corte, destacándose en un fondo recargado con suntuosos cortinajes, regio sillón y otras pesadas magnificencias propias de la sala de un trono. La emperatriz Josefina, una de las figuras mas simpáticas que presentan los anales del siglo actual, es precisamente la que aparece retratada con mas frecuencia sin los pomposos accesorios de la majestad, brillando por la deliciosa sencillez de su traje, al frente de un solitario paisaje, en el cual las verdes praderas sustituyen con ventaja á las ricas alfombras, un bosque de corpulentos árboles á la monótona columnata de la galería de un alcázar, y el follaje frondoso, cuya copa se pierde entre las nubes, á las dobles colgaduras de un trono agobiado por el artesonado de un salon regio. La emperatriz Eugenia, que como muy oportunamente han observado algunos periódicos, tiene

mas de un punto de analogía con Josefina, no necesita aparecer cercada de riquezas para ser interesante; no ha menester de la majestad para fijar la atención; debe al contrario resaltar tal cual la hemos conocido, cuando solo era reina del buen gusto y de la elegancia, un género de cetro que no se empuña por medio de alianzas con reyes, sino que es debido á los dones de la Providencia, al brillo de la belleza, del talento y de dotes elevadas.

Y en verdad que no nos esplicamos cómo se ha discutido con tanto empeño sobre la conveniencia ó desventaja del enlace que Luis Napoleon acaba de contraer; si se atiende á las prendas personales, que son las que garantizan la felicidad de dos esposos, la elección no ha podido ser mas acertada: ta-

tad y las inclinaciones de los novios, á conveniencias políticas con frecuencia imaginarias.

En este punto ha estado esplicito Luis Napoleon al anunciar á la Francia el paso que iba á dar; hallándose en una situación escepcional, siendo el origen de su autoridad distinto del de los reyes hereditarios, debiendo solo al país y á sí propio el puesto que ocupa, no tenia para qué colocarse, al elegir esposa, dentro de condiciones que en este caso no podían ofrecerle la menor ventaja, y estaba en su derecho consultando solo á su corazón, y pasando por ciertos obstáculos de pequeña importancia á trueque de asegurar una unión dichosa.

No parece sino que son nuevos los casos de reyes que han dado su mano á simples particulares, aun sin título alguno á compartir un trono: la historia por el contrario ofrece no pocos ejemplos; citemos los que recordamos:

D. Fernando de Portugal, capitulado con la infanta Doña Leonor de Castilla, hija de Enrique II, dejó este consorcio para casar con Doña Leonor Tellez de Meneses, vasalla suya.

Eduardo IV de Inglaterra, estando concertado con Bona de Saboya, hermana de Carlota, muger de Luis XI, dejó este matrimonio y casó con Isabel de Woodville, viuda de Juan Gray, é hija de Ricardo, simple caballero.

D. Jaime I el Conquistador, casó con Doña Teresa Gil de Vidaurre, su vasalla.

D. Jaime II de Aragon, celebró su último matrimonio con Doña Elisen de Moncada.

D. Alonso IV casó con Doña Teresa de Entenza, condesa de Urgel.

D. Pedro IV casó con Doña Sibila de Forcia, hija de D. Bernardo, uno de los ilustres varones de Cataluña.

El Infante D. Martin, después rey de Aragon, casó con Doña María, condesa de Luna.

D. Ramiro I casó con Doña Urraca Paterna, hija de D. Diego Rodriguez, conde de Castilla.

D. Garcia casó con Doña Nuña, hija del conde D. Nuño.

D. Ordoño II casó con Doña Elvira, hija del duque D. Mendo Gutierrez.

D. Ramiro II casó con Doña Urraca, hermana del conde D. Osorio.

D. Sancho I el Gordo casó con Doña Teresa Assurez, hija del conde D. Assur Fernandez.

D. Ordoño III casó con Doña Elvira, hija del conde D. Gonzalo.

D. Alonso V casó con Doña Elvira, hija del conde D. Melendo.

D. Fernando II casó con Doña Teresa Nuñez de Lara.

D. Juan II de Aragon casó con Doña Juana Enriquez.

Doña Isabel la Católica estuvo concertada para casarse con D. Pedro Giron, Maestre de Calatrava.

D. Fernando I de Nápoles casó con Doña Isabel de Claramonte, hija de Tristan, conde de Cupertino.

La reina Isabel de Inglaterra era hija de Ana Bolena.

Doña Beatriz de Guzman, señora del Infantado, Viana, Arañon, etc., casó en 1253 con D. Alonso III rey de Portugal.

D. Pedro Guzman casó con una hija de Alfonso IX de Leon.

Por último, diremos que la casa de los Guzmanes está enlazada con los duques de Medinasiona, Medina de las Torres, marqueses de Montealegre, príncipes de Trillano y otras de las mas principales.

Algunos de estos matrimonios se hicieron ó trataron en la inteligencia de que los señores de varias casas referidas eran dignos del parentesco real, y aun le tenían; porque son muchas las princesas de la sangre de nuestros reyes que casaron en las familias de Lara, Castro, Ponce, Meneses, Guzman, Mendoza, Toledo y otras castellanas.

Y por lo que especialmente mira á los vínculos que unen á los príncipes cristianos con los grandes españoles, ninguno podría dejar de estimarlos en mucho. Por esto cuando Cos-



La condesa viuda de Montijo, duquesa de Peñaranda.

lento, discreción, energía, ánimo, belleza, gallardía, todo esto reúne la graciosa condesa que el destino tenia señalada para compañera de un príncipe espuesto á atravesar por grandes trastornos, en medio de los cuales necesita un apoyo decidido y un consuelo eficaz: si se mira esta alianza únicamente bajo el punto de vista que considera la diplomacia los matrimonios de los reyes, precisamente Luis Napoleon debía ser esceptuado de la tiranía que los hombres políticos ejercen sobre los príncipes, obligándolos con frecuencia á dar el paso mas importante de la vida, sin mas trámites que un cambio de retratos de dos personas que no se han visto jamás y una negociacion en la cual se sacrifican no pocas veces la volun-

me II, duque de Florencia, pidió á Carlos V á Margarita de Austria su hija, ya ofrecida á Octavio II, duque de Parma, le respondió S. M. que ya que no con aquella princesa, le casaría con otra semejante. Y siendo elegida Doña Leonor de Toledo, hija de D. Pedro II, marqués de Villafranca y nieta de D. Fadrique II duque de Alba, mostró en este acto aquel monarca el aprecio que hacia de las grandes familias españolas.

María de Médicis, nieta de Doña Leonor de Toledo, hija del duque Francisco su hijo mayor, casó con Enrique IV de Francia.

Supuesto pues que así como los grandes españoles tienen la sangre de sus reyes, y por ella la de todos los monarcas cristianos, así también nuestros reyes ilustran los grandes linajes de España, no solo siendo nietos de ellos, sino participando esta gloriosa circunstancia á todos los otros reyes y soberanos de Europa.

Muchas otras cosas semejantes podrian citarse, pero creemos suficiente las indicadas.

Si Luis Napoleon no ha elegido una princesa para que ciñera la corona de emperatriz, la ha puesto en las sienes de una dama de la primera nobleza de España, que vale cuando menos tanto como una de esas princesas alemanas, de que se habla siempre que se trata de casar á un rey, porque entre numerosos títulos que no señalamos aquí, porque nuestros lectores los han visto ya sin duda en varios periódicos, cuenta los siguientes que hallamos consignados en los autores que vamos á citar.

Blason manuscrito.

«Los Guzmanes, segun por inquisicion he podido alcanzar, son de la casa de Bretaña, y segun se dice un caballero comenzó este apellido en este reino de Leon, al cual vino en tiempo que allí reinaba el rey D. Ramiro, el cual señor fué tan noble que lo hizo ayo de su primogénito, y este rey D. Ramiro ovo una batalla con los moros cerca de Aranda de Duero, cabe un lugar que agora se llama Guzman, que entonces era un castillo. Este caballero extranjero fué allí tan bueno que por su causa fuéron vencidos los moros, el cual en la batalla decia *guduman*, que quiere decir nobleza en su lenguaje, y esto decia muchas veces, y después de vencidas las haciendas combatieron el castillo y llegaron á ponerle fuego, y el rey fizo merced á aquel caballero del castillo con su tierra, y llamarle Guduman por memoria de su nobleza, y corrompiéndose el vocablo llamose Guzman. El rey lo casó con una parienta suya muy cercana. Otros quieren decir que fué hija suya, i bien pudo ser que de aquel rey Ramiro tomaron el Ramirez, y muchos de ellos se llaman Ramirez, y de allí en adelante se llamaron Guzmanes.»

Salazar de Castro, *Glorias de la casa de Farnese*, al folio 579, trae toda la linea, y pone por cabeza de ella á D. Ordoño I rey de Leon.

Portocarrero.

«En el nobiliario del conde D. Pedro empieza esta familia en D. Garcia Alonso, que fué rico hombre del rey D. Bermudo III, y Salazar de Mendoza en el lib. I de las *Dignidades*, folio 24, cita una confirmacion suya del año 1028. Casó con Doña Estevania Mendez, y tuvieron á D. Ramon Garcia de Portocarrero, llamado así por haber sido señor del concejo de Portocarrero.»

Basta con las anteriores citas y con estas, para apreciar la fuerza que tienen los razonamientos de los que pretenden que Napoleon pudiera haber hecho una alianza mas conveniente, buscando antes que las cualidades de la persona, un título de *princesa*, aunque el nacimiento de la novia no fuera tan ilustre como el de la condesa de Teba, y contase solo con la quinta parte de los títulos y estados que son patrimonio de la familia de esta. Estamos muy lejos de ser admiradores de Napoleon III, y no creemos tampoco que su enlace con la condesa de Teba pueda contribuir en lo mas mínimo á la prosperidad de nuestro país, como dicen algunos; pero pensamos sí, que despedido este suceso de toda influencia política, y no sacándole de la esfera de la vida privada, única en que es preciso considerarle, los españoles debemos ver con satisfacción sentada en el solio imperial de una nacion potente á una española digna de ocuparle por todos conceptos. En tiempos en que las corrientes políticas andan tan revueltas y agitadas, no es gloria, esplendor y magnificencia todo lo que rodea al trono que otra vez mas hemos visto levantarse ayer, en el mismo sitio donde en veinte años se ha derribado dos veces; hay en torno de él graves peligros de que participar: por eso no se sabe si debe felicitarse á la emperatriz por la difícil posicion en que el destino la ha colocado, y en la cual solo ventura y bienestar la deseamos.

## MUSICA DE LOS BAILES.

### A MI AMIGO D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Ya estamos en Cuaresma, querido Angel, en esa temporada en que el cristiano hace confesion de todos sus pecados, confesion que cuanto mas pública y solemnemente se hace, tanto mas grata es á los ojos de Dios: ahora bien, mientras yo, como uno de tantos pecadores, me acerco al tribunal de la penitencia con la formalidad debida, voy á acusarme ante el de la opinion pública de un pecadillo que, aunque venial, no he podido menos de cometer á causa de mi excesiva afición á la música; esta me ha puesto en el caso de recordar que he sido *pollo*, después de haber pasado, por desgracia, de la edad de tal. El fanatismo filosófico hizo á Milton recordar que habia sido *gallo*, así como otro filósofo, cuyo nombre no recuerdo, hacia memoria de haberse visto en forma de cuadrúpedo tirando de una noria; en el caso presente no hay mas diferencia de estos filósofos á mí, que no lo soy, sino que ellos vieron la trasmigracion en su fantasia, y yo la he visto en los hechos: ¡Yo no he dejado de asistir á un solo baile de los que en el pasado Carnaval se han efectuado en Madrid!... ¡Yo he trasnochado!!!... ¡Yo he bailado!!!!... yo, en fin, ¡¡¡he sido pollo!!!!... ¡pecatum pecavi!!!... Ya he dicho que mi afición á la música ha sido la causa de mi trasmigracion; y ¿cómo sin convertirse en *pollo* puede un ser racional comprender todas las delicias que encierra el baile?... ó por mejor

decir, ¿cómo al escuchar los alarmantes sonidos de una *polka* ó una *redowa* compuesta y ejecutada por *Molberg* podrá un ser viviente, que no tenga horchata en las venas, dejar de batir los alones y dar brinquito de pollesca alegría?...

Si me propusiera hacer la apologia del baile moderno, ¿cuánto podria decir en contra del célebre romance de Breton de los Herreros!... aquella Laura no solo da la mano, sino que se estrecha *intimamente* contra el seno de su galán, y rechina su pura y delicada frente sobre la clavícula de él; aquellas figuras *sin espíritu y sin voz* giran, saltan y se mecen voluptuosamente, con la mas completa independencia de la etiqueta; aquellos bailes, en fin, que hacian al poeta desear

.....el brioso bolero  
y la jota de Aragon  
y el fandango saleroso  
y el polo jaleador,

han sido sustituidos por otros que, si bien no llegan con mucho á tener la poesia oriental de nuestros bailes populares tan llenos de ligereza y gracia, en cambio tienen mas franqueza, y atractivos *mas positivos* en su autorizado *san facon*. No por esto voyas á creer, amigo Rios, que yo doy mi voto á las actuales formas de la danza, pues aunque ni tengo hija casadera, ni muger propia, ni, lo que parece increíble, muchacha alguna que me quiera para novio, siendo yo una bonita figura... de tapiz, no dejo de confesar que quien está en un baile de mero espectador, hace un papel muy desairado, si contempla con indiferencia los primores de la *polka íntima*; por esta razon yo, que en este Carnaval he tratado de estudiar la música de baile, no solo he danzado porque me animaban las melodías, sino *por tomar la rebancha*, y este es el pecadillo que pesa sobre mi conciencia: pero dejemos á un lado inoportunos exordios y digresiones, y entremos en materia.

Entre los muchos bailes que en este Carnaval han tenido efecto, merecen particular mencion los que ha dado S. M. la Reina madre, los del teatro Real, el del Casino y los del teatro de la Cruz: no trataremos de los de *Paul*, ni los infinitos de *Capellanes*, porque en estos las orquestas no han jugado un papel tan interesante, si bien han hecho cuanto cabe en un reducido número de profesores, para conmovier á los aficionados á la danza.

En España, donde no se halla muy desarrollado el *entusiasmo pedestre*, no se ha dado hasta ahora la importancia debida á la música de baile; anteriormente cuanta música se ejecutaba se hacia venir del extranjero, y de este modo Straus, Lanner, Musard y Bosissio, despertaron el gusto á este género de música entre los españoles, poniéndonos en el caso de seguir el camino trazado por aquellos notables artistas; solo faltaba para completar la obra comenzada un profesor de genio especial en la materia, para sacar á nuestras orquestas del estado de indolencia en que yacian, cuando solo se contentaban con ejecutar de cualquier modo unas piezas de música que así servian para bailar como para acompañar un cadáver al cementerio; este profesor hemos tenido la fortuna de hallarle, y se llama D. Juan Molberg; sus dotes artísticas son relevantes para el género de música que motiva nuestro artículo; posee una imaginacion viva y picante, un genio músico, alegre y bullicioso, unos conocimientos especiales en la manera de instrumentar, y un tacto exquisito para disponer y dirigir su orquesta con una decision y una gracia que mas bien que de las orillas del Rhin, nos parece hija de las del Guadalquivir. Las composiciones de Molberg son siempre graciosas y juguetonas al par que brillantes, y no pueden escucharse sin percibir aquel movimiento nervioso, precursor de la danza.

Este compositor posee además varios instrumentos: en el violin, que parece ser su favorito, ejecuta con una fuerza y expresion, que si bien no tienen todo el rigorismo escolástico de los grandes violinistas, tiene en cambio todas, sino mas de las dotes necesarias para formar un profesor notable en su género; además, como creemos que los talentos no deben estar sujetos á odiosas comparaciones, diremos solo que Molberg ejecuta en el violin sus composiciones de una manera inimitable. Molberg además ha tenido el tacto de formar su orquesta con elementos de los mejores que poseemos; los Perez, Ficher, Izquierdo, Melliez, Roman, Muñoz, Arroyo, de Juan y otros muchos profesores igualmente notables que seria prolijo enumerar, son los que bajo su acertada direccion están encargados de interpretar las voluptuosas composiciones de nuestro héroe, y lo hacen tan perfectamente cuanto es posible desear en este género: no es pues extraño que con tal cabeza y con semejantes elementos se haya colocado Molberg á una envidiable altura en el pasado Carnaval y en los bailes de la Reina madre, del teatro Real y del Casino, cuyas orquestas han estado bajo su direccion (1).

Sentimos que no se haya publicado el programa de la música ejecutada, por no poder determinar las piezas mas notables que llegaron á nuestro oido, que fuéron muchas; nos contentaremos, sin embargo, con felicitar al señor Molberg por su merecido triunfo, y concluiremos rogándole que no deje de publicar sus últimas composiciones, para que sirvan de grato recuerdo y dulce entretenimiento á los aficionados.

Réstanos solo decir cuatro palabras sobre la orquesta de los bailes de la Cruz y sobre su director D. Rafael Martin; este inteligente profesor ha compuesto varias piezas, entre ellas algunas coreadas de un efecto muy agradable y que han prestado interés y novedad á los bailes que, sin embargo de esto y del buen número de hábiles profesores que componian su orquesta, no han estado tan animados como otras veces.

Concluyo pues, querido Angel, mi revista lírico-bailable, suplicándote me absuevas, no solo del pecado venial de haber sido *pollo*, sino del mortal de haber escrito de tan mala manera mis desordenadas impresiones carnavalescas, y lo que es mas punible, del de haberte dedicado tan mezquino trabajo.

F. A. BARBIERI.

(1) Llamamos *baile* á la reunion del Casino solo por galanteria, pues no se nos alcanza cómo podrá llamarse una reunion que ni fué de confianza, ni de máscara, ni de etiqueta, y en la cual, aunque habia una magnífica orquesta que ejecutaba sin cesar bellísimas piezas de baile, no vimos bailar á nadie.

## LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

(Continuacion.)

### CAPÍTULO PRIMERO.

La calle Chantereine.

Josefina se estremeció, al paso que su mirada clara y penetrante se fijaba en una cartera que el capitán sacó del pecho.

—Aquí está la carta, señora: el general la escribió dos horas antes de mi salida.

La generala rompió el sobre y leyó la carta con avidez, sin que el capitán perdiese de vista una sola de sus emociones. A nadie en el mundo acosaba tanto como á Josefina esa sensibilidad exquisita y ardiente que es al alma lo que las vibraciones musicales á las organizaciones nerviosas. Segun iba leyendo la carta de su esposo, palidecia ó se llenaba su rostro de un vivo encarnado, y sus hermosos ojos tan dulces y espresivos, se preñaban de lágrimas. Muchas veces también interrumpió la lectura para consultar con la vista el semblante del capitán ayudante, como si este conociese el contenido de aquel papel.

—Señora, dijo este, no soy mas que un correo, é ignoro lo que dice esa correspondencia.

—Caballero, repuso Josefina, es imposible que el general no os haya confiado sus proyectos. ¡Cómo! Piensa volver á Europa sin aguardar la autorizacion del Directorio... ¡Ah! No piensa en que su posicion va á ser muy peligrosa... La carta me dice que debeis darme verbalmente muchas explicaciones.

El capitán Raimundo conoció al fin que el terreno se hallaba desembarazado, y esto le alivió de un gran peso.

—Pues bien, señora, dijo: ya que el general en jefe me honra con tanta confianza, no debo ocultaros que ha juzgado los negocios públicos de Francia en una situacion tan mala, que está resuelto á venir para salvar á la República del mal paso á que la han arrastrado. Nuestra conquista de la Italia está casi perdida; la traicion y la impericia nos han hecho retrogradar el camino que habiamos adelantado; el Austria recobra poco á poco todas nuestras posiciones; la Lombardia se nos escapa y el Piamonte sigue sus pasos. No tardará Wurmser en atravesar los Alpes marítimos, y dentro de pocas semanas será profanado el territorio francés. ¡Ah! suele esclamar el general. ¿Qué han hecho aquellos miserables de mis hermosas conquistas de Italia? También parece, señora, que los asuntos del interior no se encuentran en mejor estado. El desórden predomina: la dilapidacion y la concussion se han puesto á la órden del dia. Esto es un pillaje organizado, y el gobierno abandona decididamente al ejército expedicionario. Figuros que hace seis meses faltan en Egipto toda clase de recursos procedentes de Francia; el soldado no recibe su prest, y sin nuestras victorias contra los turcos, los beys y los mamelucos, el ejército pereceria de miseria. La disciplina se ha conservado admirable, es verdad, pero ¿á quién se debe este milagro? A la heroica energía, al talento del general en jefe. Sin él, todo estaria ya perdido... Pues bien; tampoco le han faltado envidiosos en medio de sus triunfos.

—Cierto, observó Josefina, y han encontrado el medio de suscitarle un enemigo en el general Kleber... que posee sin embargo un corazon generoso.

—Señora, Kleber podrá ser un rival, pero no un enemigo, y mucho menos después de haber leído la carta admirable que el general en jefe dictó y yo escribí para él.

—¡Vos, caballero! exclamó Josefina con alegría. ¿Y la recordais?

—Aquí teneis una copia que saqué de ella y que vos sola debeis guardar.

El capitán ayudante sacó un papel de su cartera y lo entregó á la generala. Esta leyó á media voz aquella carta, que nadie conocia aun en Francia, y que después se hizo tan célebre.

«Creed que aprecio en mucho vuestra estimacion y vuestra amistad: temo que al presente no estemos muy bien uno con otro, pero seriais injusto si dudaseis del sentimiento que esto me causaria. En Egipto, si se presentan nubes, se desvanecen á las seis horas; si en mi corazon aparecieren, se desvanecerian en tres.»

—Señora, añadió el oficial, es imposible que Kleber se resista contra el ascendiente del general Bonaparte. ¿Y no sabeis que al fin de la batalla de las Pirámides, llegó Kleber á escape adonde se hallaba el general en jefe, echó pié á tierra, y con un movimiento eléctrico estrechó en sus brazos al héroe de la jornada exclamando: General, sois tan grande como el mundo?

—Lo sabia perfectamente, y así, capitán, esperemos.

Después de algunas preguntas que revelaban su solicitud maternal respecto á Eugenio Beaurarnais, que habia seguido á su padre adoptivo al Egipto, la generala tiró del cordón de una campanilla, y al punto se presentó en el salon una joven y bellísima negra.

—Mi almuerzo, le dijo su ama; pero aquí en este velador. El capitán se habia levantado é iba á retirarse, cuando Josefina le dirigió estas palabras con la mayor amabilidad.

—¿No queréis acompañarme durante mi desayuno, caballero oficial? Quería pueguntaros tantas cosas...

Raimundo volvió á ocupar el sillón, y la negra colocó en el velador una fuente de plata. El almuerzo de la generala se reducía á una jicara de chocolate y varias naranjas. La hermosa negra permanecia al lado de su señora con una jarra de agua en la mano, semejante á una esbelta cariatide egipcia del palacio de algun Faraon. El capitán la contemplaba admirado.

—Ahí estais viendo, le dijo Josefina, á una de mis negras fieles de la Martinica. Zoe nunca ha querido abandonarme; pero lo que mas debe sorprenderos es que no quiere ser libre en un país que ha llevado á término una revolucion en favor de la libertad. Con todo, os aseguro que aquí no es esclava; me sirve...

—Lo comprendo, contestó el oficial, pero creo que tampoco os sirve.

—¿Cómo así?

—Se me figura que os obedece: la obediencia en su caso es la sumision voluntaria del corazon.

Zoe entendi6 las palabras del capitán, porque se sonrió enseñando dos hileras de dientes blancos como perlas. La generala por su parte di6 las gracias á Raimundo con una de aquellas miradas que no pueden traducirse.

Habia en el sal6n un retrato de cuerpo entero del general en jefe del ej6rcito de Italia, y el capitán lo examinaba con atenci6n.

—¿Es 6l? pregunt6 Josefina.

—Está lo mismo que cuando le vimos en Mantua despu6s de la batalla de Rivoli. El semblante del general se ha sombreado con el color leonado que esparcen los rayos del sol de Egipto.

—¡Dios mío! Es decir que volverá tostado.

—Tranquilizaos, se6ora, pues el general es un hombre en6rgico contra el clima y el enemigo.

(Continuará.)

#### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

LA ILUSTRACION prepara para los n6meros inmediatos, entre otras láminas verdaderamente magníficas, una copia de la medalla acu6ada con motivo del casamiento de Napole6n; un grabado que representa el casamiento civil del emperador; otro que reproduce los trajes del emperador y la emperatriz en la ceremonia nupcial; una gran vista, de página entera, del exterior de Nuestra Se6ora de París en el acto de llegar el cortejo para el casamiento; otra interior del mismo templo y del propio tama6o, en el acto de celebrarse aquella ceremonia; una gran vista de París del tama6o de dos páginas; un excelente retrato de Do6a Teodora Lamadrid; una vista general de Nueva York; otra del edificio construido para la Exposici6n Norte-Americana; otra de detalles del secretaire ofrecido á S. M. la Reina; otra del proyecto de conclusi6n del Palacio Real de Madrid; y una multitud de grabados, muchos de ellos de una ejecuci6n tan perfecta, como no se ha visto en Espa6a.

#### LAS FLORES ANIMADAS.

##### EL HADA DE LAS FLORES.

(Conclusion.)

—Y yo pastora, a6adi6 una Amapola.

—Y yo casamentero, maestro de escuela, profesora de piano, camarera, decidora de buenaventura, clamaron á un tiempo el Azahar, el Cardo, la Hortensia, el Iris y la Margarita. La Espuela de caballero habl6 de sus debut en la 6pera, y la Rosa jur6 que no pararía hasta ser duquesa.

Entre la multitud de flores venían una porci6n de ellas que habiendo vivido ya entre los hombres, aseguraban que la vida era c6moda y fácil. Narciso y Adonis habian sido los secretos instigadores de esta revoluci6n; Narciso en particular, que ardía en deseos de mirar su hermosa figura en un espejo de Venecia.

El Hada de las flores permaneci6 algunos instantes pensativa, y luego dirigiéndose á las rebeldes, las dijo con voz triste, pero firme:

—¡Id, flores seducidas, hágase todo segun vuestra voluntad: subid á la tierra, vivid la vida de los hombres, pronto volveréis.

He aquí la historia de las flores trasformadas en mugeres, que vais á leer. Hemos recogido estas aventuras por pura casualidad, recorriendo todos los países, interrogando á todas las clases de la sociedad, sin recordarnos de los datos y de las épocas. Las flores han vivido un poco en todas partes: quizás habeis conocido alguna, y ni siquiera lo sospechais. Desgracia es que no hubiesen creído oportuno hacer sus confidencias á algun amigo, ó al menos escribir sus memorias: esto nos hubiera ahorrado muchos trabajos, muchos pasos y muchas equivocaciones.

Para acabar con esta introducci6n os diremos que el Hada al otorgar el permiso que se la solicitaba, prometi6 en su interior tomar venganza. Al día siguiente su jardin estaba desierto, una sola flor habia quedado, el Brezo solitario y siempre florido.

Símbolo del amor eterno, demasiado sabe que para 6l no hay lugar en la tierra.

#### EL DESIERTO,

por Arago.

V.

Ignoro la suerte que el cielo me destina en un porvenir mas ó menos lejano; pero lo que sé hoy positivamente es que no me niega ninguna de esas emociones dulces ó violentas, tranquilas ó febriles que completan la vida: yo le doy gracias porque nunca me deja solo con mis pensamientos.

Una dicha exclusiva no es verdadera dicha: el egoismo es únicamente quien puede inspirar al hombre estas palabras: yo solo he visto eso; yo solo he sido testigo de esos fenómenos mágicos; yo solo he hollado ese suelo en que se respiran perfumes deliciosos.

He llegado á comprender que la tristeza compartida entre dos, es preferible al placer de uno solo: por eso he exclamado muchas veces en medio del furor de los elementos desencadenados: Dios mío, ¿por qué me encuentro aislado al frente de tanta majestad?

¿Por qué no hay á mi lado otro hombre que participe de mi admiraci6n y me otorgue la mitad de sus sensaciones?

Esta mañana, por ejemplo... ¡Oh! mi pincel no puede permanecer ocioso; necesito traducir el sublime, el mágico cuadro que se estiende ante mis ojos. Los individuos de la caravana, árabes y moros, lo mismo que los camellos se duermen al resplandor del fenómeno.

Yo no puedo imitarles, porque mi vista y mis oídos se embriagan de poesía; mis manos se adelantan para asir la brisa que juguetea suspirando desde el polvo de arena hasta las re-

giones mas elevadas: parece que graciosa y coqueta se apresura á liber el suavísimo perfume de las caprichosas flores con que la naturaleza enriquece imaginarios pensiles. Allí se siente que la vida circula por las arterias, que el porvenir huye, que el tiempo pasado no ha existido, que el presente está entre dos latidos del corazón. Y es tan embriagadora esta idea, que nadie puede llegar á persuadirse la desaparici6n de aquellas maravillas. El hombre no es en el desierto fuerte ni débil; no se pertenece á sí mismo; se convierte en esclavo de sus propias impresiones, y su esclavitud es tan dominadora y tirana, que le es imposible trocarla por la mas ámplia libertad, por la libertad que nos concede imperar en la tierra, en el mar y en el aire.

Esos salvajes que me rodean carecen de ideas; estan ahí contemplándolo todo, como si nada vieran; como si el Todopoderoso no tuviese fuerza, ni grandeza, ni majestad.

—¡Hola! Tgi, no te habia visto. ¿Qué haces ahí detrás de mí?

—Lo que haces tú, admiro.

—¿Qué admiras?

—El desierto.

—¿Nada mas?

—Sí: conozco que Dios descansa.

—Este silencio y esta majestad, ¿revelan el descanso de Dios?

—Mira, cristiano: Alá no puede abrigar dos pensamientos, y ha querido al arrojar los mundos al espacio, regalarnos este gran desierto, para que el peregrino pudiese una vez al año, nada mas que una vez, darle gracias en 6l por su misericordia. Pues bien; démosle gracias hoy, porque mañana...

—¿Qué sucederá?

—Lo ignoro, cristiano, porque el profeta no ha hablado; pero mañana... No tratemos de penetrar los secretos de Dios.

El árabe acababa de destruir el encanto: le rogué que me permitiese entregarme á mis meditaciones, y procuré consignar en el papel la profunda sensaci6n de aquellas escenas que pronto iban á desaparecer para siempre.

El sol se levanta y no hiere la vista; se puede seguir su curso y contar los pasos de su inmensa carrera: el hombre que medita, se pregunta si es cierto que el astro luminoso no ha cambiado de naturaleza, si no ha abdicado su poder eterno y regenerador.

Siempre sube, sin cesar se remonta suavemente.

Su forma y su disco son los mismos; no tiene rayos ni calor; es un globo de fuego, rojo y pálido á un mismo tiempo: cualquiera diría que sale de un horno... Se adivina que abrasa, pero no hiere desde lejos nuestros cuerpos.

¿Quién le ha despojado de esa atm6sfera de llamas, á la cual debemos nuestras regulares estaciones y la constante sucesi6n del día y la noche? ¿Ha modificado Dios su idea primitiva, y quiere que las brillantes estrellas del firmamento se rebelen contra el padre de la luz?

Ellas brillan allí en medio del día; los astros de mediana intensidad conservan sus diáfanos colores; meteoros luminosos recorren culebreando los espacios; la vista los acompaña en sus caprichosos giros, y cuando se apagan en el aire ó en el suelo con horribles estallidos, no varía por eso la sombra opaca que han dejado: todo se convierte en un crepúsculo denso y prolongado, semejante al de las regiones polares.

Me hallaba estasiado y esperaba una catástrofe producida por aquel fenómeno aéreo, á pesar de que el sueño de la caravana me tenia tranquilo.

Pero ¿qué significaba aquella dudosa claridad? ¿Qué aquellas diáfanas tinieblas? No se divisaba nube alguna: el pecho estaba libre, la respiraci6n era fácil; no habia un átomo de electricidad en el aire. Dios descansa, me habia dicho Tgi el árabe. ¿Por qué pues habia de temer su cólera? Alzad la frente; haced lo que yo hago; tratad de traducir la forma y el color de eso que llamamos cielo. Su matiz es tan uniforme, que desafía el pincel del mas hábil y experimentado artista. Ese matiz no es débil ni dudoso; pero se hace imposible asignarle una tinta precisa. Ya nos mire el sol oblicuamente, ya caiga verticalmente sobre nuestras cabezas, nada se modifica cerca ni lejos de su imponente masa. Sigue brillando, pero sin resplandor, al paso que el velo que va rasgando por todas partes nada pierde ni gana por su desencadenada violencia.

Clapperton ha visto ya el fenómeno; Boutin y Belzoni lo esperan en vano, porque está ante sus ojos y no lo comprenden: solo Tgi lo ha traducido: Dios descansa.

¿Qué es ese silencio que da pábulo á vuestras meditaciones? Todo duerme á vuestro alrededor, la arena, los astros luminosos, los dromedarios vencidos por el cansancio, los árabes embrutecidos: y con todo, una música llena de magia se apodera de los sentidos y estasia los ánimos. Los sonidos y la armonía están en todas partes; la orquesta aquí, allí, sobre nuestras cabezas, á nuestro lado; á lo lejos modula frases que nunca se han oído y á las cuales damos un sentido, un pensamiento, un cuerpo y un alma. Si algunos átomos de arena hubiesen cambiado de sitio; si algunas zonas mas ó menos vaporosas de la masa general se hubiesen perdido en la atm6sfera; si algunos pájaros errantes hubiesen atravesado el espacio, hubiera yo comprendido tal vez el concierto divino que me arrobaba; pero no... Dios descansa, habia dicho el árabe, y el sol, dirigiéndose al horizonte, nos abandonaba el mismo cuadro, sin permitirnos prever lo que acaecería al día siguiente, y sin ayudarnos en las meditaciones que el que iba á espirar nos inspiraba.

Tgi se levant6 para volver á sentarse á mi lado con semblante satisfecho.

—¿Descansará Dios mañana? Le pregunté sonriéndome.

—Dios ha concluido su tarea, me contest6: el sol será mañana sol y el desierto será el desierto: Sahara será mañana el país maldonado por el profeta.

—Tgi, me parece que estás triste.

—Sí, porque voy á matar á alguno, y Alá prohíbe el asesinato.

—¿Y qué te ha hecho tu enemigo?

—A mí nada; pero agrada á la que amo, y esto hace hervir mi sangre y que se agolpe á mis ojos.

—Sin embargo, tú no puedes asesinarle.

—No, pero su yatagan, tan afilado como el mío, no descansa en un brazo tan fuerte, y ya que el profeta me ha hecho así, debo aprovecharme de mis ventajas. He desafiado á Tackjar y ha admitido el reto: Kalida no será suya, mientras yo respire.

—¿Y cuándo es el duelo?

—Al amanecer.

—¿Y lo permiten tus hermanos?

—Mis hermanos me aman, saben que padezco y hacen votos para que triunfe.

—Si Alá te concede la victoria ¿será Kalida tu conquista?

—No lo creo: Kalida ama... pero el desierto es grande; hay mucho todavía desde aquí á Marruecos, y los tigres no encuentran siempre una carne tan fresca como la de Kalida.

—Es decir que no la amas.

—¿No ves, cristiano, que quiero matarla y que la destino para pasto de las fieras? Esto esplica que estoy loco por ella.

—¿Y qué! ¿No castiga el profeta á los asesinos?

—A algunos; pero si cayese su poderosa mano sobre los que matan porque viven muriendo, no les hubiera dado pasiones que se convierten en huracanes de la vida. Por otra parte, cristiano: solo creo en el profeta cuando soy feliz; cuando me hiere el infortunio, blasfemo.

—¿Y crees que tus amigos los árabes consentirán en que se verifique ese combate?

—Ya están avisados, lo autorizan, y en este momento ruegan por mí.

El desgraciado Tgi me dejó de nuevo, y yo entré en una tienda inmediata á la mía, para observar la fisonomía de la jóven que habia inspirado un amor tan profundo.

Entré, después de haber dado tres palmadas: Kalida estaba sentada en una piel de camello y bebía un licor que le habia enviado Tackjar en un coco perfectamente cincelado.

A primera vista me pareció que la jóven árabe justificaba la pasi6n de los dos rivales, y por lo tanto comprendí sus ardientes celos.

Peque6a, de buenas carnes, arrugada, casi no tenia frente, y sus piés presentaban una superficie hiperb6lica: increíble me parecia la exigüidad de sus piernas y de sus brazos angulosos, llenos de manchas blanquizcas, acusadoras indiscretas de una lepra nativa que habia desaparecido por la acci6n del hierro candente y las oraciones á Mahoma.

Me confesé vencido y no tuve el valor necesario para envidiar la suerte del vencedor. Debo a6adir que sus miradas eran suaves y sus ojos negros y hermosísimos: raro contraste de belleza y de fealdad.

Nunca he visto pesta6as mas sedosas y unidas, ni unas cejas de ébano mas armoniosas que las que cercaban á aquellos ojos provocadores. Tampoco he admirado jamás perlas tan brillantes como las perlas de Kalida.

He enumerado todas las perfecciones de la jóven árabe, pero apenas he dicho algo de las miserias de aquel cuerpo infeliz, cuyos recuerdos me aterrorizan.

La hora del combate habia llegado; se anunció á son de clarín, pero al escuchar sus terribles ecos no se conmovió Kalida. Salí de la tienda estra6amente penetrado de la virtud de aquella desventurada.

Tgi y Tackjar se dirigieron por opuesto lado al terreno convenido: la caravana form6 círculo, y Kalida se sent6 en una piel de le6n, que le habia ofrecido el preferido amante.

Los dos rivales dieron tres vueltas, invocaron á Mahoma, y poniéndose después de rodillas esperaron la 6rden del jefe. Este la di6 al punto.

—¿Renuncias á Kalida? pregunt6 Tgi á su adversario.

—No.

—¿Renuncias á ella?

—No.

—¿Renuncias á ella?

—No.

—Pues invoca al profeta.

Y su yatagan volte6 sobre su cabeza, como una llama agitada por el viento.

Kalida se sonreía con desprecio.

Tackjar, por su parte, tranquilo en apariencia, permanecía esperando la primera embestida, y lanzaba de vez en cuando rápidas miradas á su amada.

Los yataganes se cruzaron al son de los lúgubres acordes de una música mon6tona y estridente, entonada en coro por los moros y los árabes, testigos impasibles del sangriento espectáculo.

Los combatientes no respiraban, pero se dirigían terribles golpes, que habian derrozado ya sus carnes, cuando Tgi, creyendo que una victoria lenta era una verdadera derrota, arroj6 un grito formidable, se agach6, volvi6 á enderezarse, se arroj6 con el yatagan hacia adelante y cay6 sobre Tackjar. Este previó el asalto, y echándose repentinamente en el suelo, abri6 con su arma encorvada el costado de Tgi, que cay6 en tierra lanzando un sordo rugido.

—Muero, dijo, pero quisiera exhalar el último suspiro á los piés de aquella, por quien voy á rogar á Mahoma.

Los votos de Tgi se cumplieron; llevaronle á los piés de la jóven árabe, y allí, sosteniéndose apenas, quiso pronunciar algunas palabras de amor y de arrepentimiento: después se arrodill6, llev6 la mano derecha al corazón, y sacando un pu6al que llevaba oculto debajo de su kahen-slimuth, lo hundió hasta el mango en la garganta de Kalida, que no tuvo tiempo ni fuerzas para dar un grito.

Se abrieron dos fosas en la arena, y en ellas se enterraron las dos víctimas, cabeza con cabeza: al siguiente día busqué á Tackjar, para dirigirle algunas palabras de consuelo, pero supe que habia desaparecido.

¿Qué terribles misterios encierra el desierto de Sahara!

(Continuará.)

#### UNA MATANZA DE COSACOS,

POR

Godofredo Cavaignac.

(Continuaci6n.)

Adios, mi amable Arnold, pens6 el veterano sonriéndole con benevolencia... Después se puso, como para distraerse, á leer de nuevo el fatal *Moniteur*. Cuando los ancianos no están endurecidos por el egoismo habitual á su edad, sufren muchas penas antes de dejar de existir.



Una matanza de cosacos.

hombres que carecen de cerebro, ó que no lo tienen sino para ser unos pobres locos.

—Habla, habla, Arnold, respondia Lubberto, deseo oírte, aunque ambos pensamos de distinto modo. No te amo por ello menos, pero reservo tambien mi opinion. No se rectifican tus ideas, así como no se rectifica tu carácter, y no se aprende á ocultarlas sino cuando se desdén, ó que no se atreve ya á usar ni aun de franqueza.

Los dos hermanos conferenciaban de esta manera siguiendo la misma direccion, y al verles hubiérase podido acomodar al uno el lenguaje del otro: aquel paso firme, aquel rostro varonil, aquellos rasgados ojos llenos de espresion, revelaban á Arnold: aquellas facciones animadas, aquella blonda y rizada cabellera sobre su frente blanca y pura, aquellos labios delicados y aquel talle esbelto, revelaban á Lubberto. Sus dos almas se habian engañado en la eleccion de cuerpo.

Por último se separaron, y Lubberto apresuró su marcha hácia una casa situada en la estremidad de la ciudad. Moraba en ella un anciano paralítico, con una sobrina, su hija adoptiva, que le cuidaba filantrópicamente, y necesitaba los cuidados para si misma; sus ojos azules brillaban con un fuego pálido que dejaban muchas veces todos sus miembros helados, semejante á la llama que brilla en un sepulcro; sus mejillas no tenian colores, sino dos señales de una viva escarlata marcadas en el ángulo del ojo, como si se hubiesen fijado bajo la presion de una mano brutal; y mas de una vez al verla, hubiese dicho el menos esperto: «Esta jóven está enferma del pecho?»

Solo Lubberto dudaba de ello á las

Te asemejas mucho al hombre salvaje, hermano mio, decia Arnold, inclinándose para hacerle ver su sonrisa y su mirada de amigo. No conoces bastante lo que es vivir en sociedad: esta, tal como está organizada, te molesta, y verdaderamente no es buena su organizacion; pero en este concepto, ¿qué piensas acerca de nuestra misma vida? Y sin embargo, nos acomodamos todos á ella, procurando amenizarla del mejor modo posible. Creeme, ne es preciso aislarse para gritar en el desierto, sino tomar parte en lo que ocurra, crearse una influencia por medio de su posicion, por su conducta, y servirse de ella segun sus miras. Pero el decidirse á lo salvaje, mira, me es sospechoso: mala señal para la razon y para el corazon. Es preciso ceder esto á los

veces. La pobre niña dudaba tambien, porque cuando la vida huye gota á gota, la esperanza reposa en el fondo del vaso. Se creia en buen estado de salud, sobre todo entonces que el sol despedia sus rayos bajo un cielo despejado; volvia á la vida en esta estacion de luz y de llama en la que los mas ancianos pueden únicamente decir han conocido el invierno.

Pero en el tiempo á que aludimos, el invierno reinaba en toda su crudeza y mas rudo que nunca, porque él fué el que protegió al extranjero á Francia, trajo consigo del Norte estos lobos que acudian á nuestro territorio á manadas para enriquecerse con nuestros despojos. Y efectivamente, el invierno fué aquel año mas crudo que de costumbre; como si desde Moscou se encarnizase con la persecucion de nuestros sol-



Una matanza de cosacos.

dados vencidos, y que el Norte arrojara á la vez sobre nosotros sus hordas detestadas y su clima odioso.

La enfermedad de Elena habia pues empeorado visiblemente, y se precavia lo mejor que podia del viento glacial, que quebrantaba su pecho... Pero hé aquí á Lubberto que llega, y su vista la halaga mas que el sol, primavera y salud... La jóven entreabrió la ventana donde sus ojos acechaban su llegada radiantes tras el cristal; y su mano se puso en su boca; pero no era para defenderla del aire.

¿Cómo os hallais hoy? dijo al entrar.

—Qué teneis pues? exclamó; qué palido estais!

—Me siento dominado por un pesar, Elena, respondió Lubberto estrechándole la mano: el extranjero es el mas



Las cenas del Director



—Me siento dominado por un pesar, Elena, respondió Lubberto estrechándole la mano: el extranjero es el mas

fuerte, y se halla en Francia. Y al decir esto dos lágrimas surcaron sus mejillas.

—En efecto, dijo Elena con emocion, es preciso que os haya impresionado mucho ese disgusto, porque nunca os habia visto llorar.

—Si contestó, todos, escepto uno solo, y sabeis que, Elena... acabo de manifestarla á mi padre... Mi mismo hermano toma las armas, el que ni aun una escopeta ha tenido jamás en sus manos.

—Espero, respondió la jóven, espero que volverá... Vuestro

valor de una madre que ve á sus hijos en inminente peligro. Espero tambien que volverá, hemos vivido siempre juntos y seria demasiado desgraciado si se muriese sin mí.

—Qué hablais de morir á nuestra edad... á vuestra edad? contestó Elena. Existen muchos soldados ancianos en



La Esca. Sra. Doña Eugenia de Guzman, condesa de Teba, marquesa de Moya, etc.

Pero Luberto habia llorado muchas con motivo de ella, mas Elena nada sabia.

Todos los jóvenes van á partir, dijo, mirándola con ternura.

—Todos! exclamó aproximándose á él.

hermano procura evitar nuestro encuentro, pero le aprecio. Unicamente me parece que será perdonado, mientras que vos si haceis la guerra...

—Y obrais bien al apreciarle, interrumpió Luberto con fuego: Arnold es amable como una muger, pero tiene el

Alsacia, y sin embargo han presenciado muchas batallas.

—Si, dijo Luberto, la Alsacia está llena de hombres que tienen mas cicatrices que arrugas, é hijos que sustituyen á sus padres en las filas. La Alsacia está poblada de veteranos, Elena; pero el enemigo va á buscar los leones viejos en su

retirada, y hay entre ellos mas de uno que morirá haciendo fuego como si fuera joven; por esta razon os quisiera ver en lugar mas seguro; sufre mala suerte una comarca que está al borde de la frontera, porque la guerra conoce mejor los sitios mas recónditos de nuestro país, que sus mas antiguos habitantes... Sí, quisiera veros en lugar seguro, Elena, porque temo mucho que dentro de poco no se esparza por nuestros alrededores, y que nuestros soldados no puedan ya disputarle sino las ciudadelas. Si estuvieseis guarecida por alguna plaza fuerte, estaria mas tranquilo... ¿No lo juzgais así?

—Sabeis, Lubberto, dijo la joven, que jamás consentiré en abandonar á mi tío, y en su estado, en esta estacion, sabeis tambien... sospecho, añadió, que no quisieseis temer por mí, con objeto de ir después á batiros como vuestro hermano: y ¿para quién seria entonces la zozobra? sed justo.

—No lo sois, Elena, respondió Lubberto; me habeis hecho prometeros cien veces que jamás os abandonaria, como si no bastase una... y aunque se debiera mostrarme con el dedo, llamarme cobarde por nombre; aunque debiera salir de mi oscuridad por la vergüenza y ser célebre por mis infamias, os juro que no me alejaria; porque solo me falta valor para una cosa, y es para afligiros.

—No seria valor, dijo *sotto-voce*... Si nos separáramos, no habria únicamente entre nosotros los peligros que podriais correr... Miradme, Lubberto, ved qué rostro tengo.

—¡Mas bello que nunca! exclamó con una sonrisa fingida.

—¡Ah! prosiguió con una sonrisa mas dulce, mas melancólica, vos mismo, Lubberto, apreciariais mejor que asemejase á nuestra buena Magdalena con su robustez extraordinaria y aquel rostro que nos ha producido muchas veces risa. El mio no puede alegraros, Lubberto, y si lo veis con ensueños, estoy segura que en ellos mismos os contristais al verle.

—¡Ay! dijo, aun cuando estuviese cien veces mas pálido, (y lo dijo espresado porque las mejillas de Elena estaban mas coloradas que de costumbre.) aun cuando estuviese cien veces mas pálido, sentiria al verle mas felicidad que merezco de él...

—Cuando no os amaba aun, Elena, me he detenido muchas veces á mirar nuestros hermosos paisajes, á gozar de sus rumores, de sus sombras, de sus luces, á preguntar á la naturaleza, á responderle, y hallaba todo esto grandioso, magnífico, lleno de objetos que me impresionaban; pero cuando os veo, hallo mas magnificencia que en todo esto; la naturaleza mas prodigiosa es mezquina comparada con vos, porque aquella en que me parecia ver reflejada mi alma, es menos que vos, y ha dejado de ser yo mismo.

—Sin embargo, contestó la joven, cuando llegue el otoño... Sabeis... á la caída de las hojas, Lubberto, la naturaleza me recordará vuestra idea... Marchita como yo antes del invierno... y quizá entonces no seré ya para vos sino un recuerdo... Si no os falta valor sino para afligirme, tened el de soportar como un hombre...

—Verdaderamente, interrumpió Lubberto con amargura, es preciso que lo tenga para oiros hablar así... Todo lo que me decís, ved, no creo de ello ni una palabra, y no puedo prescindir de sufrirlo, como aquellos que en un teatro se atormentan con sus terrores imaginarios... Os engañais acerca del estado de vuestra salud, Elena; sois una niña, mi querida Elena... Vuestra vista me tranquiliza, lo oís!... Y si dais cabida en vuestro corazon á algun germen funesto, no seria posible que me creyese á vuestro lado tan seguro de vuestro porvenir: mi corazon participaria de vuestros sentimientos como acostumbra á hacer con todo lo que afecta al vuestro... No necesitais sino de alguna paciencia y cuidados.

—Y que permanezcáis ahí, dijo la joven dirigiéndolo dulcemente hácia una silla; que permanezcáis conmigo aunque suceda... De este modo puedo vivir aun mucho tiempo, dos veces mas que otra alguna, porque duermo poco... de lo contrario me importaria poco suicidarme inmediatamente: tendria al menos algunos dias crueles para resignarme á ella... Si debiera pasar mi vida con vos, Lubberto, quizá os dejara obrar como vuestro hermano Arnold, soy una niña de la Alsacia, y aprendí de mi nodriza las canciones que han sido causa de que mas de un antiguo soldado me haya abrazado.

—Verdaderamente, dijo Lubberto riendo.

—Sí, sí, y os las cantaré algun dia, dijo en voz baja... pero nuestra Alsacia, prosiguió, cuenta en su seno con bastantes valientes para defenderla: yo no tengo sino á vos, y ojalá podais defenderme de mi enemigo, porque tengo un terror pánico á la muerte.

—Mirad qué obstinada sois, dijo Lubberto: ved que no estais en ese estado... que no padeceis la enfermedad que imaginais... Porque todo el mundo lo sabe... No teneis mas que preguntarlo al primero que llegue, á vuestra Magdalena: cuando se padece esa enfermedad, se forman proyectos para el porvenir, castillos en el aire, qué sé yo. Y á vos os sucede todo lo contrario... Así...

—Yo? exclamó con aquella viveza repentina que se apoderaba de ella muchas veces: yo? Oh! los formo, Lubberto; formo cada dia proyectos bellos y gigantescos. Si os los refiriese, os sorprenderiais al hallar en mí tanta imaginacion, tanta esperanza, tanta loca fantasía... Pero aunque miro á lo lejos el porvenir, os veo á mi lado, y no invento nada sino para ambos á la vez. Únicamente nos separamos en un ensueño, añadió, y es en aquel que se apodera de mí en medio de las mas lisonjeras esperanzas; aquel en que veo una muerte próxima que me acecha para asaltarme. Entonces os abandono, Lubberto, deseándoos vivir mucho tiempo para que exista aun vuestra alma en este mundo. Entonces os digo adiós... Pero, por favor, amigo mio, prescindamos de esto; y si acontece que hago al fin lo que he visto hacer á los enfermos tales como yo; cuando haya perdido toda razon, toda paciencia; si acontece que os arrojé de mi lado, permaneced aun á pesar mio: entonces estaré loca... ¡Ojalá que lo estuviese hoy!

—Dios me es testigo, dijo Lubberto hablando consigo mismo y recorriendo el cuarto con paso presuroso; Dios me es testigo que nunca he vacilado en seguirle como tu sombra, á tí el mejor, el mas bello de sus ángeles; ¡á tí el mas adorado! Pero si se me dijese: «¡Ven, Lubberto! Lubberto, si permaneces todo perecerá, los tuyos y tú mismo; ven, el mundo va á execrarte, despreciarte, maldecirte; ven donde no habrá desgracia tan espantosa que no sea preferible á tu fortuna, oprobio tan vil que no sea preferible á tu oprobio...» Si se me dijera esto, si estuviese seguro de ello, y sin embargo no permaneciese, pueda hallar peores males que todos estos reunidos; ¡pueda merecer perderla, encontrarla de nuevo, y volverla á perder aun dos veces!

—¡Dios os oiga! ¡Dios os bendiga, Lubberto! dijo Elena, con los ojos arrasados de lágrimas... porque he temido mucho cuando he visto que lloraban cual yo pudiera hacerlo.

Los dos amantes, los dos amigos cambiaron algunas palabras; después Lubberto marchó á casa de su padre; se despidió de él hasta el siguiente dia, y ensillando un brioso caballo, su predilecto, lanzose á galope al camino que conducia á Colmar.

Sí, Lubberto, elige tu caballo mas veloz; arma tus manos de un látigo que le lastime, y tus piés de punzantes espuelas; enrojece los ijares de tu caballo; hiende el viento, adelanta al pájaro... y vuelve pronto... ó mas bien, que tu caballo, lanzado apenas, se detenga, que se encabrite y te derribe; que te mate, que te hiera y que se te conduzca moribundo á las puertas de la ciudad, porque abandonarla un solo dia, vivir un dia aun... ah! ¡desgraciado, es en demasía!

Lubberto al alejarse pasó por bajo las ventanas de Elena, detuvo su caballo, y le dijo aun un adios que le devolvió veinte veces. El arrogante caballo brincaba de impaciencia... Arrastró su ginete... Lubberto volvió la cabeza al doblar la calle, y vió á Elena que le tendia la mano... después no la vió ya... no la verá ya... y ojalá que Elena hubiese muerto en este momento.

Ay! en este instante Elena no pensaba en la muerte: el amor de Lubberto le hacia creer en una dilatada vida. No pudiendo pensar, pobre inocente hija, que pudiese estar privada de una vida tan feliz, repetia veinte veces este nombre querido: pronunciaba tambien el suyo, y le parecia que fuese aun el mismo, reia, lloraba, enviaba mil besos por las huellas del apuesto ginete... «Porque es bello, decia; es bondadoso, no ama sino á mí... Verdaderamente le asemeja, añadió, mirándose con complacencia: tengo todos sus ojos; pero los suyos son mas rasgados;» y se volvía como para verles; y verdaderamente les veia, y lloraba aun; porque las mugeres cual ella poseen un corazon melancólico, y no son sus penas las que les contristan mas.

Ah! pobre Elena! Tendria aun mil cosas que decir de tí sobre esto, y se querria tardar el mayor tiempo posible en narrar el fin de todo esto.

La tarde del dia en que Lubberto partió presuroso para Colmar, Arnold se dirigió á alguna distancia de la ciudad, hácia la cabaña de una antigua paisana cuya hija habia sido su nodriza. Brígida, si puede decirse así, era tambien un veterano: habia servido cerca de cuarenta años de cantinera del regimiento llamado de dragones del coronel general, al cual se asignó después el número 40 en el ejército. Su primera batalla fué la de Rosbach, y su última la de Austerlitz; lo que no impidió que hubiese concluido la valiente Brígida del mismo modo que habia empezado: en Rosbach habia salvado las corbatas de su bandera ocultándolas bajo su vestido, y habia traído de Austerlitz, en su mochila, dos ó tres giros de estandartes rusos y austriacos que servian aun de trofeos en su cabaña: las estremidades de aguilas de dos cabezas pendian ennegrecidas por el humo de la chimenea de la anciana; ó bien cuando el granizo habia agujereado su ventana, se servia de los escudos de armas de los czares y cesares para cubrir la vidriera rota... Reia al verles allí, como haria el demonio si enjugara sus piés en la estola del papa, y los mostraba con el dedo á los conscriptos que pasaban.

Arnold entró en la cabaña sin ser apercibido; porque así de dia como de noche, Brígida apenas cerraba su puerta, diciendo que nunca habia podido estar encerrada en una plaza fuerte; que no habia ladrones en su país de Alsacia, y que el diente de los lobos no era bastante duro para sus huesos.

—Buena tarde, abuela, dijo Arnold á la anciana, que inclina en la sombra, juraba sola en el rincón de su chimenea.

—¿Quién vive? gritó, cogiendo un tizon ardiente para iluminar un poco la cabaña, ¿quién vive?... ¿eres tú, Rudig?

—No, abuela, respondió Arnold, que la llamaba así por haber sido hijo de leche de su hija, no es vuestro nieto Rudig: es vuestro nieto Arnold que viene á despedirse de vos.

—Ya! dijo Brígida, recuperando su actitud; ya! Y apenas has entrado... Sientate ahí, añadió mostrándole el otro rincón del hogar, y no vayas á predicarme como acostumbrabas, hijo de la Iglesia.

—¿Qué teneis pues, abuela? le preguntó Arnold sonriendo.

—Que tenia menos frio cuando estaba en el vivac que hoy que me hallo bajo mi techo. El invierno nada supone ahora, y en cuanto á esto, si Dios toma parte en ello, nada sospechariamos del caso.

—¿Por qué no queréis ir á habitar la casa de mi padre? dijo Arnold cubriéndola con una capa andrajosa de dragon que pendia de la pared. Sabeis que os amamos todos y hablariais á la vez de guerras.

—Bah! aprecio mas bien acampar en el bosque conscripta, respondió, y además tu padre es un inválido valiente, pero no ha visto la guerra sino en su principio, y está dispuesto siempre á clamar contra ese pobre buen hombre de emperador; y esto no me conviene... Concluiriamos por llegar á las manos. Hubo una época en que dije: «Viva la república!» Yo sin embargo era una buena militar; pero la república ha cambiado, y ahora digo viva el emperador... Una noche helada como esta, la víspera de la batalla de Austerlitz, oí á todo un ejército, caballería, artillería, infantería, gritar por esto, para no decir de las vivanderas... ¡Buenos franceses! Y era un ejército, que sin lisonjarme, sabia hacer callar el cañon como hacerle tronar, cuando daba los buenos dias á su emperador ó buena noche, como sucedió en aquella... Los oidos me zumbaban aun... Esta fué la última vez que oí á los cien mil hombres gritar viva el otro, dispuestos á morir por él... Porque la tarde del dia siguiente habia en él muchas voces que no respondieron al llamamiento; y oí gritar viva el emperador aun después de la victoria; pero los heridos en balde se mezclaban, faltaba allí gente, y se veia perfectamente que habia gran destrozo en las filas.

El nombre de Austerlitz habia herido el corazon de Arnold, y no pudo contener un suspiro.

—Bien! prosiguió la anciana, hé aquí á mi seminarista que llora!... aquellos murieron como valientes, y sin de profun-

dis. No hay por qué llorar: quedanos... ¡Era preciso ver aquella noche encenderse los vivacs con la velocidad de un cañonazo, é iluminar toda la línea, cuando fué el emperador á ver si sus hijos dormian! ¡Era preciso ver brillar las bocas de obuses como si escupieran fuego!... Parecia que estaban tranquilos mirando la gresca... Era preciso ver al grande ejército con su pequeño emperador! Nada digo de aquel de Austria, que fué á visitarnos. Después ni del de Rusia, que nos pidió permiso para salvarse; porque lléveme el diablo, si se hubiera dicho que eran sus veteranos; y Francisco le llevaba la cabeza, pero cuando lo saludó ni aun le llegaba al pecho!... Mira, tengo setenta y cinco años, pero querria estar allí para ver todo aquel mundo, que estaba político con nosotros, y aquellos sombreros de plamas que nos saludaban cortesmente. No es decir que no se les devolviera. El francés no es orgulloso... Sí, querria estar allí aun, á recoger bajo la metralla á mis parroquianos del grande ejército cuando los tumbaban las balas, los borrachones, ó ser enterrada con ellos, como valiente muger de regimiento, en los baches formados por una rueda de cañon, para poder decir que estaba enterrada, porque el diablo me lleve si tengo empeño en ello, ni mas ni menos que en vivir, á pesar de lo verde que estoy.

—Abuela, dijo Arnold tristemente, si queréis aun ver la guerra, no teneis mas que acompañarme, porque voy á ella... Me envia mi padre, y esta es la causa porque he venido á despedirme de vos, añadió abrazándola.

—Verdaderamente, exclamó la anciana estrechándolo con toda su fuerza... Pues bien, la pierna de palo merecerá una liga de cinta encarnada... ¡Tú soldado, hijo! esto me gusta, Arnold: y sabia que la leche de mi hija te volveria á la garganta; que morderias un dia el cartucho en lugar de tus perros de *oremus*... ¡Dios nos bendiga! La pólvora es un buen destete, Arnold: la pólvora, el aguardiente y un casco de dragon, rechaza mejor los golpes que un rodete acolchado... Porque quiero que vuelvas, hijo mio... Y me iré contigo, añadió levantándose... Y Rudig cumple muy pronto quince años, puede venir tambien... Y marcharemos todos tres reunidos; ¡oh ira de Dios! concluiré al ruido del cañon... ¡está dicho!

—Abuela, contestó Arnold, seria mejor en efecto que no permanecieseis aquí, porque... Oid, hay una cosa que va á produciris disgusto, añadió precisándola á sentarse de nuevo. El tiempo de Austerlitz ha trascurrido, abuela, y muy trascurrido... Nos hallamos atacados, atacados por todas partes, y e enemigo...

—Ah! dijo la anciana riendo de compasion, ¿eres tambien de los que creen todos los cuentos que se dicen desde 1812? El grande ejército, el emperador atacado por esos perros ahí! Ah! ah! ah!... ¿Cómo puedes creer esa barbaridad, Arnold, que eres un sabio, un abogado?... Pregunta algo á tu padre, tan charlatan como está cuando se habla del otro, pregúntale si nuestro emperador de los franceses retrocede á vista de esos mandrias, cuando tiene á su espalda sus valientes regimientos que le sirven de muralla, á menos que esto no sea como en Austerlitz para traerles á los f... bestias, y calentarles á cañonazos un baño en el lago helado. Me río aun cuando me acuerdo de ello! Y se frotaba las manos.

—Mi padre me lo ha dicho, respondió Arnold, y los boletines de campaña...

—Los boletines son unos mentirosos, interrumpió Brígida con cólera; y estoy contenta con no saber leer, ira de Dios!... Pero sé todo lo que pasa en aquel mundo, les he visto por mucho tiempo á unos y otros: he visto muchas veces la bandera tricolor ir de un extremo á otro del campo de batalla, y marchar, erguida, á través de las bayonetas, de los cuadros, de las balas de cañon, y atravesarlos y reparar sus reductos, y azotarles sus nalgas con la boca de los cañones... ¡No creas que pueda retroceder, Arnold, no lo creas! Le conozco, hijo mio, le he visto quince años en campaña, y sé lo que puede hacer y no hacer, lo oyes?

—Ay! respondió Arnold, aquella época pasó, abuela, y el enemigo se halla en Francia ahora.

—¿Dónde dices que esta el enemigo? exclamó la anciana sin hacer ademán alguno.

—En Francia, en Francia, contestó Arnold inclinándose y apoyando la cabeza en sus manos.

—El!... dijo la anciana aterrada, porque este golpe era demasiado rudo para su misma obstinacion. ¿Es cierto todo lo que se ha dicho? añadió con una consternacion profunda; el emperador ha muerto y todos mis antiguos camaradas tambien. ¿No queda ya ni aun uno solo de los que he visto después de la batalla de Austerlitz? ¿No queda ya pues uno solo de vosotros, granaderos, cazadores, húsares, coraceros, dragones del número 40?... ¡El enemigo en Francia!... ¿Habeis muerto pues todos?... ¿Es por esa razon por la que los ministros como tú se hacen soldados, Arnold?... ¿No hay tampoco ya Francia?... Ah! Dios!

—Son veinte contra uno, dijo Arnold.

—Oiga! dijo la anciana siempre abatida.

—Los mas valientes sufren descalabros, añadió.

—Sí, dijo aun.

—Pero podemos vencerles, abuela; cada cual es mas fuerte en su territorio.

—Sí, Arnold... Sin embargo les hemos atacado siempre en el suyo, hijo mio... Ah! Dios! Y agitaba sus miembros estenuados como para extraer de ellos alguna chispa de fuego que queda siempre á los veteranos.

—Es preciso libertar de ellos, abuela, contestó el joven, á vos y á Rudig... Mi padre os guiará.

—No, exclamó esta vez volviendo en sí misma. Confúndame el trueno si me muevo de aquí, si yo me pongo en salvo ni el hijo único de mi hija, tu nodriza, Arnold!... Y tu padre no ha perdido su pierna por huir, estoy segura de ello... No, mis bombas! no me he puesto en salvo sino en la batalla de Rosbach; y desde entonces, sin hablar de la de Saint-Cast de Besgen, de Minden, de Friedberg, juegos de niños del antiguo régimen, desde entonces he ido siempre á vanguardia, y mi carro marchaba á la cabeza de nuestros tambores, y mi caballo de varas ha padido muchas veces en el forraje destinado para los caballos de la guardia imperial. He vaciado tantas cartucheras como pipas, ¿oyes? ¡ira de Dios! Y estrangúleme el diablo si me desconcierto á mi edad... Quiero ser descuartizada si huyo, aun cuando esos tunantes estuvieran ahí, para despanzurrarnos á mí y á Rudig, y á tí

mismo, Arnold... Los desprecio ahora como siempre... ¡Que me cuelguen, me degüellen, ó me quemem!... ¿Pues qué me importa eso?

—Sin embargo, dijo Arnold, si viniesen... Rudig...  
—Pues bien! Rudig... después... Rudig ha nacido para morir como cualquiera otro. Aun cuando estuvieran á veinte millas, te digo que no me movería... He visto á nuestros granaderos en Marengo... Y un día que los conscriptos caminaban de mala fé, puse mi carro al través. ¡Bah! prosiguió, aun cuando estuvieran ahí, no lo creería aun... Es imposible, ¡el enemigo en Francia!... Ah! ah!... ¡el enemigo en Francia!... Han comido en algun tiempo mucha uva en Champagne los bebedores de cerveza; y nuestros pedazos de metralla tambien. Ah! ah! ah!...

De repente una voz medio apagada gritó sordamente. «¡A vos! abuela... ¡Poneos en salvo!...» Y al mismo tiempo, el fogonazo de una pistola resplandeció en la puerta de la cabaña y la iluminó como el rayo.

—¡Viva el emperador! respondió la anciana, á quien este ruido muy conocido, uniéndose á sus ideas del momento, recordó su grito de guerra, y que, sintiéndose herida, dijo así la única súplica que sabia: ¡Viva el emperador!... Y como un ginete á quien una bala rechaza de la silla, se dejó ir moribunda á los pies de Arnold, erguido de repente... La antigua capa del dragon cayó como una mortaja guerrera sobre el cuerpo de la antigua dragona.

Eran las siete de la mañana: el frio era intenso; el sol parecia elevarse con dificultad sobre las cimas de las montañas, y sus rayos se reflejaban pálidamente sobre la nieve; la campiña carecia de sombra.

En este momento Lubberto la atravesaba á galope, volviendo de Colmar. La vispera, Elena le habia suplicado volviéndose sin tardanza para traer de ella los títulos importantes depositados en casa de un notario: su tio queria aprovecharse de un débil regreso á la vida, para arreglar sus negocios, decia, y hacer testamento á favor de Elena... Y yo, pensaba ella, quisiera tener alguna cosa que legarle.

Lubberto pues se apresuraba, y se congratulaba de la velocidad de su caballo. Apenas prestaba atencion á algunos sonidos que se percibian á lo lejos, como los del toque de arrebato cuando llama á socorro... Se ha prendido fuego en alguna aldea, pensaba, y decia á sí mismo oyendo propagarse los sonidos y responderse: «Si penetra el enemigo alguna vez en nuestras montañas, hé aquí lo que nos servirá de telégrafo y de tambor... Conseguiremos el fin.»

De repente percibió un peon que se dirigia hacia él, y aproximándose creyó reconocer á Hermann, palafrenero de su padre. Era él en efecto, Hermann, un antiguo soldado, criado fiel, hombre de una flemma y de un laconismo indecibles, conocido por su aversion á hacer una marcha á pié por corta que pudiera ser.

—¡Eres tú, Hermann! dijo Lubberto sorprendido, y volviéndose sobre la grupa de su caballo que apenas pudo detener.

—Yo soy, contestó el otro pasando su mano por las crines del caballo.

—¿Y dónde vas?

—En vuestra busca.

—¿Por qué eso? preguntó Lubberto, á quien el aspecto tranquilo del asciano no daba la menor inquietud.

—Me mandá vuestro padre, respondió Hermann.

—¿Tanto ansia verme? dijo Lubberto emprendiendo de nuevo su marcha, y sonriendo á la sola idea de que su padre deseaba vivamente abrazarle, á pesar de la conversacion que habian tenido la vispera.

—Corred, dijo Hermann soltando la brida.

—Pero habla pues, dijo Lubberto impaciente. Mira, monta á la grupa, perezoso, añadió: llegaré á la ciudad en menos tiempo que emplearás para explicarte... Salta!

Y Hermann subió á la grupa. Su brazo, cñiendo á Lubberto, hubiera podido sentir las palpaciones de su corazón, que empezaba á agitarse; pero el mismo Lubberto no cuidaba de ello. El caballo cruzó el terreno con su vigor acostumbrado, y sus robustos remos levantaban al palafrenero con tanta facilidad como una maleta.

—Arrogante animal, dijo Lubberto mirando el camino que desapareció bajo él.

—Sí, dijo Hermann... Soltadle la brida.

—¿Por qué no has cogido tu caballo, bellaco? Es tambien buen corredor, y nunca te he visto ir sin él sino á la taberna.

—¿Mi caballo? contestó Hermann haciendo un ademán singular...

—¿Pues bien?...

—No hay mas caballos en casa...

Lubberto medio se volvió frunciendo las cejas. ¿Qué quieres decir? el caballo recobró algunas fuerzas.

La techumbre de la caballería se ha caído esta noche.

—¿Caido, esclama Lubberto, cuando se acaba de reparar!

—El fuego! dijo Hermann.

—¿Nosotros somos la causa del toque de arrebato? preguntó Lubberto conmovido de cólera y de inquietud.

—Sí.

—¿Y mi padre?...

—Le he salvado, respondió Hermann estendiendo una mano que medio habia devorado la llama.

(Continuará.)

PEREGRINACIONES,

ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

CAPITULO IX.

Los soportales del mercado.—El hombre de la capita azul.—El ciego y su palo.—Mi parte.—El Puente Nuevo.—Pido limosna.—Viva la claridad.—Me disgusto de la mendicidad.—El carruaje.—Me coloco brillantemente.—Me roban.—El mercado de los perros.—Se discute lo que valgo.—Huyo.—La glotonería me conduce á la felicidad.

No bien me separé de mi buena madre, aturrido aun de la graciosa conversacion que acababa de tener con ella, cuando me sacudí á derecha é izquierda, para enganar el dolor que

me habian causado sus multiplicadas caricias. En efecto, fué demasiado pródiga de ellas, pues no habia parte en mi cuerpo que no se resintiese de sus maternales halagos. Sin embargo, repuesto ya de mis primeras emociones, procuré alejarme desde luego de aquella perra, á la cual debia la vida y el vapuleo que me habia regalado.

Eché pues á andar, y me dirigí hacia un sitio por donde transitaba mucha gente, y que despedia un olor de salchichas y longanizas muy apetitoso. Eran los soportales del mercado. Dejé á un lado las tiendas en que se vendian los muebles viejos, y me acerqué al punto de atraccion para mis narices y mi estómago.

Muchas mugeres se ocupaban allí en freir salchichas que vendian calientes á los consumidores del populoso barrio. Mi instinto, tan desarrollado por la experiencia, me hizo comprender que, no estando en fondos, nada tenia que esperar de aquellas vendedoras, cuyo oficio era despachar embutidos fritos con el único objeto de ganar la necesario para comprar pan.

Sin detenerme á reflexionar profundamente acerca de su miseria (¡bueno estaba yo, sin asilo y sin tajadas, para compadecerme de los demás!) pasé adelante y me encontré entre una multitud todavia mas miserable que las mismas vendedoras: aquella multitud se empujaba disputando, pues cada cual queria pasar y reparar antes que todos los demás.

—He llegado el primero, y por lo mismo se me debe despachar sin tardanza.

—Es mentira; el primero soy yo.

—¿Qué es eso de mentira? Yo haré callar al deslenguado.

La disputa se iba acalorando, pero intervino en ella una tercera persona, diciendo:

—Callad, malditos charlatanes, porque si os oye capita azul, os ireis con las manos vacías y el estómago lleno de aire.

Mi nariz, que pocas veces me engaña, me habia insinuado que, en medio de aquel grupo compacto, debia haber algo que comer, y las palabras que habia oido confirmaron mi opinion. Una cosa era la que yo no comprendia. ¿Por qué se estrechaba tanto aquella gente? ¿Se daba gratis el amor á aquel alimento? ¿Qué significaba aquello de *si viene capita azul os ireis con las manos vacías*.

Pronto tuve la explicacion que deseaba, pues el grupo se aclaró y vi á un viejo embozado con una capita azul delante de una gran marmita de sopa, de la cual hacia distribuir una ración decente á todos los hambrientos que le rodeaban. Supe por una conversacion que llegó á mis oidos, que aquel viejo, conocido entre el pueblo bajo con el apodo de la *capita azul*, era un filántropo, y que dos ó tres veces por semana regalaba á los pobres del barrio una sopa económica.

—Bueno es el hacer obras de caridad, gruñí entre dientes; mas pareceme que eso mismo podria tener efecto sin tanto aparato ni ruido, sin traer la sopa al medio de la calle, para que todo el mundo se entere del caso. ¿No habrá en esto algun orgullo? Sin duda los hombres obran siempre con ostentacion al llevar á cabo sus buenos propósitos: por mi parte, si algun dia llegase á ser perro acaudalado, procuraria ocultar mis beneficios, mas bien que pregonarlos á son de tambor. En fin, lo principal es que el beneficio se haga, y que los pobres se aprovechen de él. ¡Oh! Si ese hombre me otorgase una escudilla de sopa ya que estoy aquí muerto de hambre... ¡Oh! Entonces no criticaria yo tanto al buen señor de la capita azul.

Pero ¡ay! ni siquiera reparó en mí, á pesar de que tuve buen cuidado de colocarme en primera línea.

Muy pronto quedó vacía la marmita, pues el último que llevó ración fué un ciego, y al punto quedó el sitio desierto.

Con todo, mis ojos no se separaban del camino que seguia el ciego, pues con él iba á desvanecerse mi última esperanza.

—¿Qué haría para almorzar? Ya empezaba á inquietarme seriamente, y además tenia hambre.

Al punto volvió á renacer en mi pecho la esperanza, y un pensamiento, propio de hambriento, cruzó por mi mente perruna.

Vi que el ciego se sentaba en el quicio de una puerta, y que se preparaba á despachar su ración de sopa, habiendo dejado la escudilla en el suelo, en tanto que se colocaba convenientemente.

—¡Hola! gruñí: la escudilla del ciego está á mi alcance, y bien pudiera sisarle una parte de su almuerzo, mientras se prepara á engullirlo. Estoy seguro de que no puede verme.

En dos brinco me puse al lado del ciego, quien sin duda por instinto cambió la escudilla al otro lado, precisamente cuando yo llegaba á ella, y colocó su palo entre las piernas, como para defender la plaza. No por eso me desanimé; volví á la carga, y describiendo un semicírculo para que no me alcanzase el palo, me acerqué poco á poco á la escudilla. Ya metia en ella el hocico y las narices, cuando recibí en el lomo un garrotazo, que me hizo poner el ladrillo en las nubes.

—¡Ah, pobrecillo animal! exclamó el viejo con hipócrita acento. ¿Cómo diablos le he pegado con mi palo? Tal vez al levantarlo para ponerlo á mi izquierda. ¿Dónde estás, pobrecillo? ¿Dónde estás?

Estas palabras me incomodaron mucho, porque bien conocia yo que el ciego habria obrado deliberadamente.

—Espera, espera, perrillo, no te vayas, proseguia el ciego, porque quiero partir contigo el beneficio que debemos los pobres al caritativo capita azul: soy un infeliz, pero al fin te he pegado y te debo una satisfaccion, por consiguiente comerás de mi sopa.

Confieso que si aun permanecia yo allí, era únicamente con la idea de sacar mi parte en el almuerzo del pícaro ciego. El acento de piedad con que me la ofrecia conmovió á algunas personas que se habian acercado, y cayeron en su sombrero varias monedas. El bribon sabia bien lo que hacia y sacaba partido del garrotazo que acababa de regalarme. Con todo, fiel á su palabra, me dejó la mitad de la sopa, y yo la comí con tanto placer y voracidad, que no advertí que el ciego me echaba una cuerda al pescuezo mientras me lamia y me relamia el hocico. Solo llegué á notarlo cuando quise alejarme: entonces me sentí preso y creí que me ahogaban. Me puse furioso, pero en vano me sacudia para evadirme,

pues el ciego, que me habia privado de mi libertad, no soltaba la cuerda. Cuanto mas tiraba yo, mas me oprimia el lazo del pescuezo, y á la verdad no me convenia morir ahorcado. Tuve pues que hacer de tripas corazón y contentarme con ser provisionalmente perro de ciego, ya que la suerte me habia deparado este destino, aunque con el firme propósito de aprovechar la primera coyuntura que se me presentase para tomar las de Villadiego, operacion que sabia yo ejecutar á las mil maravillas. Experimentaba yo hacia mi amo una repulsion instintiva, pues algo me decia que aquel hombre habia recurrido á una enfermedad fingida para sonsacar limosnas, que solo merece el verdadero infortunio. Podia sin embargo equivocarme, pues mi opinion no era del todo imparcial, supuesto que el ciego me habia sacudido un palo de idem.

Sea de esto lo que fuere, me veia obligado á seguirle, y me condujo hasta el ángulo del Puente Nuevo. Llegados allí se sentó en una piedra, sacó un clarinete y se puso á soplar en él como un energúmeno con gran desesperacion de los transeuntes, que de buena gana le hubieran gratificado para que callase. Se me olvidaba añadir que mi amo, al llevarme consigo, me habia puesto entre los dientes la célebre escudilla de nuestro almuerzo, de modo que, al obrar así, me matriculó en la sociedad de los pobres, obligándome á implorar la caridad pública.

¡Pedir yo limosna! Me sentia á la verdad humillado.

Feliz para mis orejas perrunas, mi señor amo el ciego no estaba tocando todo el día el clarinete: habia adoptado la carrera de profesor de dicho instrumento, con el objeto de divertir sus ocios y de tener una disculpa para ejercer la mendicidad. El caso fué que en uno de los intervalos de silencio, oí el siguiente diálogo entre dos jóvenes que pasaban por allí.

—¿Ves ese ciego?

—Por fuerza he de verle, si es que no padezco su misma enfermedad.

—¿Quieres apostar una cosa?

—Segun sea.

—A que ve mas y mejor que tú.

—No será extraño, porque yo soy miope.

—Voy á probártelo.

—¿Cómo?

—Ahora lo verás.

Mi amo no habia perdido una sílaba de esta conversacion. Uno de los jóvenes pasó delante del ciego, y echó en su plato de hoja de lata un sueldo que sonó al caer. Mi amo le dió las gracias, y echó mano al plato para coger aquella moneda, que no encontró. El joven repitió la operacion dos veces, y dos veces se llevó el ciego igual chasco.

—¿Qué significa esto? exclamó de modo que le oyesen. ¿Quiénes son los miserables que se burlan del pobre ciego?... Espera, espera, que me la vas á pagar.

Para explicar cómo desaparecia la moneda, solo tengo que decir que era una pieza agujereada, que el joven la habia atado á una cuerda, por medio de la cual la sacaba del plato, no bien la echaba en él.

—Ya ves, le decia el otro, que es verdaderamente ciego, pues de lo contrario no buscaria la moneda en el plato.

—En efecto, observó el otro, y sin embargo... Ea, démosle realmente limosna y veremes.

Ambos echaron su contingente en el plato, pero el ciego cargó al mismo tiempo sobre ellos á palos, gritando:

—¡Ah bribon! Ven á burlarte del pobre ciego. Toma... toma...

Los dos jóvenes huyeron, convencidos de que mi amo era verdaderamente ciego.

—¿Qué malsin embaucador! Al anoecer me llevó á su casa, y al punto encendió un fósforo y con él una luz.

—¡Viva la claridad, como dicen los ciegos! exclamó riéndose. Vamos, carlin, acércate para que hagamos los dos mas amplia conocimiento.

Me examinó y pareció satisfecho.

—No es muy feo para carlin, dijo. Vamos ahora á cuentas para saber lo que ha producido el día.

El día le habia producido siete francos y cincuenta céntimos: al acostarme sobre un monton de paja recordé que muchos jornaleros perecen de hambre con sus familias, al paso que un pícaro suele esplotar admirablemente la ignorancia de la sociedad.

Ocho días viví con el falso ciego; por último, un pilluelo me presentó ocasion propicia para escaparme, pues se atravesó en mi camino y cortó la cuerda en dos partes, á fin de coger un pedazo para su peon. Al punto eché á correr con el pedazo que me quedaba, pero el ciego empezó á gritar:

—Que me roban mi perro, que me lo roban...

Varios hombres corrieron tras de mí y me estrecharon las distancias, de modo que ya iba á caer entre sus manos, cuando encontré un carruaje, cuya portezuela estaba abierta: de un salto me encajé dentro y cesaron las persecuciones.

Poco después empecé á respirar libremente, cuando cierta dama salió de una casa inmediata y montó en el carruaje.

—Al hôtel, dijo al cochero.

Y el carruaje empezó á moverse. Pronto llegamos á aquel hôtel en que te he recibido y en el cual has entrado como intruso, del mismo modo que yo (1).

Fuí mas dichoso que tú, porque la dama exclamó al verme:

—¡Un carlin! ¡Qué felicidad! Es la única casta que me gusta.

Me quitaron el pedazo de cuerda que llevaba, me asearon, é hice mi entrada en el salon de la marquesa, cuyo favorito fui desde entonces. Durante la primera recepcion gané todas las voluntades, y al siguiente día fui tan indispensable para la marquesa como una afeccion de nervios.

Solo tuve que sufrir el vapuleo que me dió un conde, cuyo sombrero puse en lastimoso estado, porque, como aun no conocia bien la casa, creí que el tal sombrero era el sitio mas á propósito para... doblemos la hoja.

El conde se vengó agarrándome por el pescuezo y sacudiéndome una felpa, capaz de hacer chupar los dedos de gusto al mas goloso.

El lujo causó mi pérdida, pues un ratero me robó por el traje de capricho con que la marquesa me habia adornado, y

(1) Aunque Carnage tiene la palabra, no debe olvidarse que habla conmigo. (Nota de Moumoute.)



que consistía en un collar magnífico y un gaban de moda. Acto continuo me llevó al mercado de los perros. Si alguno me hubiera dicho que dos horas después volvería al hotel de mi ama, aunque completamente despojado, no lo hubiera creído, y sin embargo así sucedió, ni mas ni menos.

En tanto que mi ladrón discutía mi precio con un caballero, al cual ponderaba cualidades que no tenía, empecé á morder el cordel que me había echado al cuello y conseguí romperlo: en un minuto desaparecí del mercado, y el ratero se contentó con mi traje, que seguramente valía mas que yo.

Encontre en la misma situación que cuando la suerte me hizo tropezar con el ciego: es decir, sin asilo y con hambre. Respecto á esta última, fui mas dichoso, pues al volver la esquina de una calle, cierto mozo de pastelería, que llevaba una canasta en la cabeza, tropezó conmigo. Aquel tropezón me proporcionó varios pasteles esquisitos, que cayeron de la canasta, y aunque el mozo quiso salvarlos de mi voracidad, mi glotonería obtuvo una victoria completa.

Pero no quedé enteramente satisfecho; el olor de la canasta y del mozo escitaron fuertemente mi apetito: seguí pues la pista, y vi que mi anfitrión entraba en una gran casa; me colé en ella; después subió una ancha escalera; hice lo mismo: por último llegó á una cocina, y llegué tras él... ¡Qué dicha!

Era la cocina del hotel de la marquesa. La glotonería me había valido, pues le debía mi vuelta al hotel, é iba á deberle mi felicidad.

(Continuará.)

Reimpresion y nueva suscripcion á la Historia y Atlas de España.

**BIBLIOTECA UNIVERSAL.**

Primera serie.



# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA,

ESCRITA, ENMENDADA Y AÑADIDA

POR EL P. JUAN DE MARIANA,

CON LA CONTINUACION DE MIÑANA.

Llegamos á la entrega 50 de nuestra historia, y solo van publicados los testos de Mariana y Miñana: falta la continuacion de la Historia. Ofrecimos sin embargo darla por 50 reales en Madrid, y tan resueltos estamos á cumplir lo que prometimos, puesto que esta vez no estamos sujetos á los cálculos de una edicion extranjera, como sucedió con la *Historia de Francia*, sino á los nuestros, que lejos de exigir nada de los suscritores, van á recibir gratis todas las entregas que pasen de 50; no las economizaremos por cierto; en vez de reducir su número dando un ligero compendio al final, nos proponemos aumentarla á fin de completar nuestra edicion con las dos obras siguientes:

## HISTORIA

DE LA

DECADENCIA DE ESPAÑA,

DESDE

EL ADVENIMIENTO AL TRONO DE FELIPE III,

HASTA LA MUERTE DE CARLOS II,

seguida de la

Historia de la dinastía de Borbon

HASTA NUESTROS DIAS,

obras escritas espresamente para esta edicion,

por D. Antonio Cánovas del Castillo.

Lo que nosotros dijéramos sobre el valor de estos dos grandes cuadros históricos, que ahora por primera vez van á ver la luz pública, parecería interesado y sospechoso; no es á nosotros á quienes toca juzgarlos; otros son los que han de apreciarlos, y á ellos apelamos: lo que podemos asegurar desde luego es que estos escritos tienen mas importancia que los diversos que han servido hasta aquí de continuacion á Miñana; lo que no vacilamos en anunciar es que la apreciacion que ofrecemos de aquellos dos notables períodos de nuestra historia, forma por sí sola un libro que se hará lugar, tan luego como sea conocido, aun entre las personas que no tengan nuestra edicion de Mariana, ni se propongan por consiguiente completarla con estas dos obras; esto es todo lo que acerca de ellas nos permitimos anticipar.

Nuestros suscritores saben que solo ofrecemos 250 grabados para la *Historia de España*, y ya van estampados 274; de ahí que las entregas escedan de 50; pero puesto que 50 dijimos que se-

rian, 50 solas serán de pago, y las que escedan, gratis para nuestros suscritores, como hemos indicado. Esperamos que no pasará desapercibido este esfuerzo que hacemos por complacerles, á costa de un desembolso considerable.

REIMPRESION Y NUEVA SUSCRICION

DE LA

**HISTORIA Y ATLAS.**

Agotados tiempo ha muchos pliegos de la *Historia* y la mayor parte de los mapas del *Atlas*, y continuando incesantemente los pedidos, nos hemos resuelto á hacer una reimpresion de ambas obras, que ofrecemos con las mismas condiciones que la primera edicion, á todos los que se abonen antes de 1.º de marzo, con la ventaja de que pueden ir recibiendo el número de entregas ó mapas que quieran á la vez, y de obtener gratis la *Historia de la decadencia de España* y la *de la dinastía de Borbon*; pasada aquella fecha, todas las entregas serán de pago y no habrá concesion alguna para nadie.

El *ATLAS* consta de 52 mapas iluminados; llena próximamente un espacio de veinticinco varas y cuarta por veintiuna y dos cuartas, y no cuesta mas que 52 reales en Madrid y 78 en provincias á todo el que se suscriba antes del 1.º de marzo; el papel pintado para cubrir una estension igual de un despacho ó de un gabinete cuesta tanto. Se pueden recibir y pagar uno á uno ó en el número que se quiera: pasado aquel plazo, los ejemplares de la nueva tirada no se darán á nadie á otro precio que á 60 reales en Madrid y 80 en provincias.

En resumen, por 50 reales en Madrid y 75 fuera, damos una edicion, con 300 grabados, de la *Historia de Mariana integra*, de la continuacion de *Miñana*, de la *Historia de la decadencia de España* y de la *dinastía de Borbon*, y por 52 mas en Madrid y 78 en provincias un *Atlas geográfico* de todas las provincias del reino.

Por 102 reales en Madrid y 153 en provincias la *Historia nacional* mas estensa, desde los tiempos mas remotos hasta 1854, y un *Atlas completo* de todo el territorio español. No pueden darse publicaciones mas necesarias para todo español, mas baratas, ni mas curiosas y agradables.

Pasado el 1.º de marzo, las condiciones varían irrevocablemente.

Se admiten suscripciones á solo la *Historia de la decadencia de España* y á la *de la dinastía de Borbon*, á real la entrega en Madrid y real y medio en provincias, sin adelanto alguno.



REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.